No se puede confiar en el INE



Por Rubén Moreira Valdez
Diputado federal
@rubenmoreiravdz

Con lo que vimos en los telediarios, ¿alguien mete las manos al fuego por el INE? ¿Acaso unas autoridades y unos proveedores del Instituto que brindaban con semejante cinismo por los éxitos de una licitación generan confianza en el número de boletas impresas? Si a estas palomitas un malandro les pidiera un millón de boletas extras a cambio de una lana, ¿resistirían la tentación?

El INE no es un fin; es un instrumento para algo mayor. El fin de lo que se forjó durante décadas para avanzar como una nación moderna es la democracia. El INE es solo uno de los instrumentos, eso sí, de capital importancia para generar procesos electorales con resultados aceptados por los electores y los contendientes.

La tesis es sencilla: no se puede confiar en el INE cuando quienes tienen la responsabilidad de garantizar la limpieza de las elecciones no ofrecen garantías de integridad y transparencia. El problema no se agota en una licitación cuestionada ni en la conducta de algunos funcionarios y proveedores. Lo verdaderamente grave es que se puso en riesgo la certeza sobre los instrumentos, los procedimientos y los resultados electorales, e incluso la integridad de los miembros de las autoridades electorales de los estados. Cuando se pierde esa confianza, se destruye la democracia misma.

Por varias razones, la elección de 1988 es un parteaguas en la vida del país. La transición inició 10 años antes, con las reformas impulsadas por López Portillo, que incluyeron la participación del Partido Comunista en los comicios. Sin embargo, lo acontecido aquella noche, cuando el ahora morenista Manuel Bartlett detuvo el sistema, precipitó una transformación profunda. El régimen priista quería demostrar al mundo que éramos una nación moderna y democrática.

La oposición puso sobre la mesa lo más obvio y urgente: la certeza en el voto. Un sistema electoral funciona con base en una sana y conveniente desconfianza. Lo que está en juego es el poder público y solo un cándido puede pensar que no habrá alguno que quiera robárselo. Me llama la atención que avezados especialistas y opinadores se detengan en los terribles actos de ilegalidad que rodean las licitaciones, pero no profundicen en su análisis sobre temas más relevantes y con implicaciones mayores. No estoy diciendo que no se castiguen, en su caso, los excesos; afirmo que el daño es mayor y que se tiene que reparar.